
ACERCA DE LA IGLESIA LOCAL.

REFLEXIONES SOBRE ECLESIOLOGÍA

J. C. ORELLANA

www.equipamientocristiano.cl

SOLO LECTURA ONLINE

ACERCA DE LA IGLESIA LOCAL.

Primera edición julio 2023.

Revisión y edición autoral.

Queda prohibido cualquier tipo de explotación y, en particular, la reproducción, distribución, comunicación pública y/o transformación, total o parcial, por cualquier medio, de este documento sin el previo consentimiento expreso y por escrito del autor.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas corresponden a la versión Reina-Valera de 1960.

ÍNDICE.

INTRODUCCIÓN.....	4
¿QUÉ ES UNA LOCALIDAD?	7
¿QUÉ ES LO QUE CONFORMA UNA IGLESIA LOCAL?..	14
DEL <i>QUÉ</i> AL <i>QUIÉNES</i>	16
¿QUIÉNES CONFORMAN UNA IGLESIA LOCAL?	18
EL PARTIDISMO Y SU PRINCIPIO RELACIONADO CON EL DIVORCIO.	22
¿CUÁNDO ES QUE SOMOS UNA IGLESIA LOCAL?	27
LA IGLESIA COMO CASA Y FAMILIA DE DIOS.....	35
LA AUTONOMÍA Y RESPONSABILIDAD DE LA IGLESIA LOCAL.	37
LOS ANCIANOS.....	39
LOS OBREROS.....	40
LA AUTONOMÍA Y RESPONSABILIDAD.....	43
EL SERVICIO, EL MAYOR SIRVE AL MENOR.	46
LA MÁXIMA AUTORIDAD DE UNA IGLESIA LOCAL.	48

INTRODUCCIÓN.

Este breve libro se preparó pensando en cristianos comprometidos, practicantes y regenerados por el Espíritu de Dios. Cristianos que estudian las Escrituras, que se las toman en serio, que quieren hacer la voluntad de Dios y que perciben que algo anda mal, que algo falta en la vida cristiana de la iglesia, porque no concuerda con lo que se nos relata en la Biblia respecto a la vida que tenían los cristianos del primer siglo. Este no es un libro para los que se conducen basados en lo que sienten u opinan en base a los sentimientos, que aman el *statu quo* carente de responsabilidad sacerdotal, que buscan prosperidad económica y quieren evitar la aflicción. Ese no es el cristianismo bíblico (Jn. 16:33; 1Tim. 6:9-11; 2Tim. 3:12; 1P. 2:9; Ap. 1:5-6). Así que, en las siguientes páginas estaremos revisando panorámicamente lo que es una iglesia local según las Escrituras.

Para partir, vamos a considerar lo que **no es** una iglesia local. Esto, lo haremos considerando las declaraciones realizadas por varios cristianos, que muestran un concepto errado al respecto. No esperamos ser exhaustivos, más bien queremos ser verdaderos y sobrios, no fantásticos ni idealistas. Dicho esto, debemos señalar que:

- Una iglesia local no es la mesa del Señor.
- Un local de reunión no es una iglesia local.
- Una iglesia local no es la reunión de la semana.
- Una iglesia local no es la reunión dominical.
- Una iglesia local no es una personalidad jurídica o denominación particular.
- Una iglesia local no es el ministerio de la Palabra.
- Una iglesia local no es el presbiterio.
- Una iglesia local no es la obra misionera.
- Una iglesia local no es la manifestación de dones espirituales.
- Una iglesia local no es el ministerio de un pastor.
- Una iglesia local no es una sucursal de alguna corporación.

Estas once negaciones –y que seguro existen más– muestran a grandes rasgos lo que **no es** una iglesia local. Si usted ha afirmado uno o más de alguno de los puntos anteriores, entonces tiene un parecer errado de lo que bíblicamente se deduce como una iglesia local. Es por esto, que debemos comenzar a realizarnos algunas preguntas básicas e importantes que nos permitan definir algunos conceptos y así entender la doctrina de la iglesia local. Junto con reflexionar sobre este asunto que ha sido muy mal entendido por muchos cristianos en las últimas décadas, sobre todo en nuestra nación que, cada dos cuadras, tiene un local de reunión con un nombre que separa a

unos cristianos de otros. Vamos, por tanto, a señalar las tres preguntas básicas que intentaremos responder en las siguientes páginas:

- I. ¿Qué es una **localidad**?
- II. ¿Qué es lo que conforma una **iglesia local**?
- III. ¿Cuándo es que somos una **iglesia local**?

Estas preguntas debemos considerarlas tomando las Santas Escrituras, no olvidando el contexto histórico y literal de las mismas; junto con rogar el suministro que el Espíritu del Señor tiene para darnos. Es nuestro ruego al Señor, que Él nos hable y enseñe, para la edificación del cuerpo de Cristo.

¿QUÉ ES UNA LOCALIDAD?

La palabra «localidad» no aparece en nuestras versiones de las Escrituras. Antes de utilizarla debemos comprenderla, porque de hecho, cuando se habla de esto inmediatamente lo relacionamos con la iglesia. Aunque *iglesia* con *localidad* tienen relación, esta no es en lo semántico, es decir que no es lo mismo decir «iglesia local» que «localidad», no son sinónimas las ideas. Y lamentablemente, es frecuente escuchar esta relación en la boca de los cristianos.

Ahora bien, la importancia que tiene este concepto es más geográfica que espiritual. Sabemos que la Biblia no sólo menciona asuntos espirituales, también considera asuntos históricos, geográficos, entre otros. La palabra del Señor nos habla de iglesias en ciudades (gr. *pólis*), como la iglesia en Éfeso (Ap. 2:1), la iglesia en Corinto (1Cor. 1:2), la iglesia en Esmirna (Ap. 2:8), la iglesia en Jerusalén (Hch. 8:1), entre otras. Los escritores neotestamentarios dejaron registrado para la posteridad que había una iglesia por ciudad. Y es en este sentido que debemos tener en cuenta la palabra «localidad», entendiendo que denota ubicación, límite, lugar y geografía, ninguna otra cosa, nada espiritual.

Entonces, respecto a lo que es una localidad, podemos

afirmar que es una zona geográfica, autónoma de cierta manera, en la que habitan un número determinado de personas que son identificadas por un gentilicio en particular (*p. ej.* quilicurano/a). En el libro *La vida cristiana normal de la iglesia*, cuyo autor es Watchman Nee, se nos dice lo siguiente respecto a la localidad:

“Hemos visto que todas las iglesias en las Escrituras son iglesias locales, pero, naturalmente, surge la pregunta: Conforme a las Escrituras, ¿qué es una localidad? Si notamos qué lugares son mencionados en la Palabra de Dios en relación con la fundación de las iglesias, entonces podremos determinar la extensión que debe tener un lugar para justificar que sea tomado como unidad para la formación de una iglesia. En las Escrituras las localidades que determinan los límites de una iglesia no son ni países, ni provincias ni distritos. En ninguna parte leemos de una iglesia nacional, o de una iglesia provincial, o de una iglesia distrital. Leemos de la iglesia en Éfeso, la iglesia en Roma, la iglesia en Jerusalén, la iglesia en Corinto, la iglesia en Filipos y la iglesia en Iconio. Ahora, ¿qué clase de lugares eran Éfeso, Roma, Jerusalén, Corinto, Filipos e Iconio? No son naciones, ni provincias ni distritos, sino simplemente lugares de tamaño conveniente para que la gente viva junta con cierta medida de seguridad y sociabilidad. En lenguaje moderno las llamaríamos ciudades. Que las ciudades eran los límites de las iglesias en los días apostólicos es evidente por el hecho de que, por

una parte Pablo y Bernabé constituyeron “ancianos en cada iglesia” (Hch. 14:23), y por otra, Pablo ordenó a Tito que “estableciese ancianos en cada ciudad” (Tit. 1:5).» (Ediciones Portavoz).

Si leemos Tito 1:5 en el Texto Griego del Nuevo Testamento, notaremos que aparece la palabra πόλιν (gr. *pólin*), la cual se usa para referirse a «ciudad». Ahora bien, la palabra griega *pólin*, proviene del concepto griego *pólis* (πόλις), las cuales correspondían a ciudades-estados. *Pólis* es el plural de *pólin*. Esta idea o concepto es bien conocido, incluso se enseña en las clases de historia de la enseñanza básica. Ahora bien, la palabra *pólin* no solo se traduce como «ciudad» en las versiones de la Biblia, sino también como «población» o «pueblo». La Nueva Versión Internacional (NVI) la traduce como «pueblo», lo mismo ocurre con la versión Dios Habla Hoy (DHH), entre otras. Muchas otras traducciones como la Reina-Valera 1960, la Nueva Biblia Jerusalén, el Nuevo Testamento Recobro, la Biblia Textual III, entre otras, la traduce como «ciudad». Y aún otra traducción, como la Reina Valera Antigua, la traduce como «villas». Todo esto, muestra que la traducción de la palabra *pólin* depende de la geografía en la que habita una población en particular y que tiene cierta autonomía en lo que respecta al orden administrativo, bajo una autoridad gubernamental que preside a esta población, lo que se relaciona al concepto griego de *pólis*.

Como pueden ver, considerando nuestra sociedad, geografía, población, gobierno y autonomía, para nosotros, hoy en día, en Chile, podríamos decir que una localidad es una *comuna* o *municipio*. Considerando que cada comuna es

independiente de otra y cuenta con su propio municipio, su alcalde, incluso sus impuestos (como el permiso de circulación). Cada comuna es autónoma en sí misma e independiente de las otras.

Ahora bien, tomando en cuenta todo lo anteriormente dicho, y relacionado a lo que es una «localidad», comprendemos que **una localidad no es una iglesia local, sino un territorio que debe ser considerado geográficamente, donde habitan distintas personas –cristianos y no cristianos– bajo la administración política de un municipio o alcaldía.** Por lo tanto, no es lo mismo hablar de «localidad» e «iglesia local». La localidad es el sector geográfico dónde viven los miembros de una iglesia local; pero también donde viven no creyentes. Es el lugar donde los cristianos y los no cristianos somos conciudadanos y vecinos. Hay cristianos talagantinos y mundanos talagantinos, no tiene nada que ver con la realidad espiritual y nuestra posición en Cristo, sino con la comuna donde vivimos y somos simples ciudadanos.

Al considerar el sector geográfico, nos damos cuenta que aparecen tamaños, límites y distancias. Es importante comprender esto antes de entrar al tema de la iglesia local. La localidad es la zona geográfica que comprende hoy –para nosotros– lo que llamamos *comuna*. No debemos *espiritualizar* el significado de lo que es una localidad, debemos comprenderlo por lo que es, **un lugar geográfico con una administración municipal y pública.**

Ahora bien, ¿qué importancia puede tener todo esto? Cuando nos damos cuenta que la vida normal de la iglesia local es más que tener reuniones dominicales, entiendes que Dios ha sido práctico en considerar distancias, límites y tamaños, para

que Su obra *en* la iglesia y *con* la iglesia, sea efectiva y completa entre los hombres. Porque para Dios la iglesia en la localidad, corresponde a las estrellas iluminando entre las tinieblas del mundo (Mt. 5:14-15; Fil. 2:14-15), y esto, no comprende solamente las reuniones, sino la vida cotidiana y la comunión que puede tener la iglesia local fuera de las reuniones o cultos; pues, la propuesta del amor de Dios para el mundo y de Su gobierno, se realiza a través de padres, de madres, de hijos, de hermanos, de amigos, que también son vecinos de una comunidad determinada, que viven una vida diferente al resto, debido a la luz de la vida de Dios que mora en ellos (Jn. 1:4; 8:12; 13:35; Fil. 2:14-16); porque como dice Romeu Bornelli en *Visión y Vocación*:

“Nosotros, los cristianos, leemos la Biblia; pero la Biblia que el mundo lee son los cristianos”
(Ediciones Aguas Vivas).

La localidad, es parte del aspecto práctico de una iglesia local, teniendo en mente –por ejemplo– la facilidad para la perseverancia de los santos en la instrucción de la palabra de Dios y la comunión (v. Hch. 2:42-47). Es un hecho que Dios sí ha considerado el tema de las distancias y de los trayectos de los santos de una localidad determinada. Dios es demasiado inteligente y sabio, como para no haberlo hecho. Es por eso que Pablo en su discurso de despedida les dijo a los ancianos reunidos en Mileto que día y noche –incluso por las casas– les anunció todo el consejo de Dios, amonestándolos hasta con lágrimas (Hch. 20:17-38). Pudo hacerlo cada día y noche, y por

las casas, en público y en privado, porque estuvo durante tres años en una localidad determinada, la cual pudo recorrer a pie.

Debido a estas cosas prácticas de una localidad, es que la comunión de los santos debería ser parte normal de la vida de la iglesia, porque los que han vuelto a nacer son además vecinos, independiente de si hay parentescos sanguíneos. El reunirse para aprender juntos de las Escrituras, el orar juntos, el comer de la mesa juntos, la autonomía en Cristo de una iglesia local, entre otras cosas, es practicable debido al aspecto práctico y geográfico de lo que Dios ha señalado como localidad. En otras palabras, cuando decimos «localidad» no hablamos de una iglesia local, estamos hablando de un lugar geográfico y con una administración pública determinada, en el cual una iglesia local existe o podría existir.

Cabe señalar junto a todo esto, que las cartas dirigidas a diversas iglesias en el libro de Apocalipsis, son cartas dirigidas a iglesias locales. Los nombres de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea (Ap. 1:11), eran o son los nombres de localidades, de *polis*, lugares geográficos que pueden ser ubicados en un mapa. No eran denominaciones o personerías jurídicas, eran lugares. En cada una de estas localidades había una iglesia local. No obstante, cada uno de estos lugares debe ser considerado geográfica, administrativa, demográfica y culturalmente autónomo el uno del otro, pues cada nombre corresponde una localidad. Eran *polis* que se ubicaban en el antiguo territorio del imperio romano conocido como Asia (Ap. 1:3, 11). Como verán, esos nombres no eran personerías jurídicas o denominaciones, sino que corresponden a lugares, localidades, de las que podemos tener referencias históricas, que se pueden esclarecer en hallazgos arqueológicos,

con rasgos culturales, geográficos y demográficos independientes los unos de los otros.

Entonces, considerando esto, nos damos cuenta que para nosotros una localidad es una comuna o municipio. Incluso, podría ser una “villa” o “población” dependiendo del tamaño y de las distancias geográficas que se deben recorrer. Por lo tanto, al decir localidad, no necesariamente estamos diciendo iglesia local; más bien, nos referimos a un lugar geográfico en particular. Así es que, Talagante, Cerro Navia, La Florida, Huechuraba, Quilicura, Renca, Pudahuel, Maipú, Melipilla, Peñaflor, Puente Alto, Las Condes, Vitacura, Lo Prado, entre otras, son localidades, comunas o municipios con una administración pública en particular, una geografía establecida, con límites de jurisdicción y con personas (cristianas o no) identificadas por un gentilicio. Así tenemos en las Escrituras a los corintios de Corinto, los colosenses de Colosas, los efesios de Éfeso; y en nuestros días y contexto, los quilicuranos de Quilicura, los talagantinos de Talagante, los lopradinos de Lo Prado, los huechurabenses de Huechuraba, los peñaflorinos de Peñaflor, y más. Entonces, la carta a los colosenses es una carta a la iglesia existente en la localidad de Colosas, es decir, personas que aparte de vivir en Colosas, han vuelto a nacer y son miembros del cuerpo de Cristo en aquella localidad.

¿QUÉ ES LO QUE CONFORMA UNA IGLESIA LOCAL?

Muchos cristianos piensan que una iglesia es un templo de reunión o un local al que todos llegamos. Esto es un error. Por ningún motivo la iglesia es un lugar de reunión de personas, y si pensamos esto estamos muy lejos de la verdad escritural. Tampoco la iglesia es un templo religioso ubicado en alguna dirección en particular, dónde realizamos un culto periódico y oramos a Jesucristo como Señor. Y por ningún motivo es un local donde llegamos a reunirnos, pues algunos se refieren a la iglesia “local”, como si se tratase de la iglesia que se reúne en un local determinado, ignorando que al hablar de «local», nos referimos a la localidad en la que existe una iglesia. Dicho de otro modo, si vives en Talagante y hablas de la iglesia local, te refieres a la iglesia en Talagante; pero de ninguna manera nos referimos a un local de reunión, como un salón. Con esto queremos señalar que la iglesia local no es una construcción humana dónde se congregan personas que profesan la fe cristiana. Y tampoco es un templo hecho por hombres donde se juntan los cristianos a tener un culto semanal y que tiene un altar, lugar del coro, y cosas como estas. Por lo tanto, no puedes haber olvidado la Biblia *en* la iglesia; la

Biblia la dejaste en un asiento de un lugar de reunión, pero no *en* la iglesia. Si por alguna razón se quemó el lugar de reunión de los cristianos, de ninguna manera se quemó *la iglesia*; sino que se incendió un lugar de reunión. No se te queda el paraguas *en* la iglesia, más bien, se te queda en el lugar de reunión. Los cristianos de hoy en día llaman “iglesia” a lo que realmente no es la iglesia; y aunque apelen a la antonomasia para llamar así al lugar de reunión, debemos ser honestos, y poner atención a lo que nos dicen las Escrituras, pues nunca encontramos en ellas que se llame *iglesia* a un lugar de reunión. Es aquí donde deberíamos hacernos una pregunta crucial, ¿qué es la iglesia entonces?

La palabra «iglesia» en el Nuevo Testamento, aparece por primera vez dicha por el mismo Señor Jesús. En Mateo 16:18a, donde dice:

“Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré **mi iglesia**...”

La palabra griega aquí es ἐκκλησίαν (gr. *ekklesían*) y su etimología, nos dice que es una palabra compuesta de dos raíces: ἐκ (gr. *ec/ek*) y καλέω (gr. *kaléo*). *Ek*, quiere decir *fuera* o *desde*; mientras que *kaléo*, quiere decir *llamar, convidar, convocar, invitar y poner*. Si consideramos solamente la etimología de la palabra, apelando a las raíces griegas, nos damos cuenta que la palabra en sí misma tiene un interesante significado. La más famosa de sus interpretaciones es «llamados a salir fuera», y es una buena interpretación, pues somos llamados por Dios a *salir desde* Adán, para ubicarnos *en*

Cristo. Ahora, la palabra *ekklesia*, en las Escrituras ha sido traducida como “*iglesia*”, pero también, en otros lugares, la misma palabra es traducida como “*asamblea*” (p. ej. Hch. 19:39) y “*congregación*” (p. ej. Hch. 7:38), entre otras. Sin embargo, cuando se habla de iglesia no se habla de un lugar geográfico, sino que se habla de un organismo vivo, de lo que Dios considera el cuerpo místico de Cristo, Su casa, Su familia, Su hogar. Hablamos de “*miembros*” del cuerpo de Cristo (1Cor. 6:15; 12:12), de “*piedras vivas*” de la casa de Dios (1P. 2:5), de “*familia*” de Dios (Ef. 2:19). No hablamos de ladrillos, ni una construcción humana, ni de un lugar de reunión; más bien, hablamos de *personas*, individuos que son señalados como «la asamblea y congregación del Señor Jesucristo». Así como cuando hablamos de nuestra familia refiriéndonos a personas y no de un lugar que habitamos, de igual manera la Biblia nos habla de la iglesia del Señor refiriéndose a personas y no de un lugar. Con todo esto en mente, podemos responder la pregunta que encabeza este capítulo, **¿qué es lo que conforma una iglesia local?**

DEL QUÉ AL QUIÉNES.

Si hemos comprendido bien lo anteriormente dicho, nos daremos cuenta que esa pregunta podría mejorarse, pues no es un «qué» lo que conforma una iglesia local, más bien, es «quiénes». Por lo tanto, la pregunta pasa del *qué* al *quiénes*, es decir, **¿quiénes son los que conforman una iglesia local?** ¡Esa es la pregunta precisa! Ya tenemos claro lo que es una localidad, geográficamente es un lugar; administrativamente, una comuna o municipio. Ahora podemos avanzar y preguntar, ¿quiénes son

[las personas] que conforman una iglesia local? Porque comprendemos que cuando hablamos de la iglesia local, estamos hablando de las personas que conforman la iglesia en una localidad determinada. Esto quiere decir que en Talagante existen personas que conforman la iglesia en Talagante; también existen personas en Quilicura que conforman la iglesia en dicha comuna; y así en cada comuna o municipio. ¿Quiénes son estas personas? De partida son cristianos, pero ¿qué tipo de cristianos? ¿Católicos o protestantes? ¿O pentecostales, adventistas, bautistas, asambleístas, reformados? ¿Quiénes? La verdad, es que sólo hay **un tipo de persona** que conforma la iglesia local o la iglesia en una localidad. Veamos esto con atención.

Respecto a quienes son las personas que conforman la iglesia de una localidad (o iglesia local), no debemos pensar que son sólo los que tienen una comprensión más profunda de algunos temas bíblicos; ni tampoco suponer que son los que tienen un más amplio conocimiento en temas doctrinales del cristianismo. Ni tampoco son los que salieron del catolicismo para reunirse en una denominación evangélica, ni los que han salido de una denominación evangélica para reunirse por las casas. Cualquier grupo de personas que se crean “la verdadera iglesia” en su comuna, menospreciando a otros, sólo sostiene un argumento partidista, o sea, sectario. No son los calvinistas, ni los arminianos, ni los cesacionistas, ni los continuacionistas, los que conforman la iglesia local. Tampoco son los teólogos, ni sólo los que leen la Biblia, ni los que siguen la tradición, ni los que defienden la patrística; ni menos sólo los sacerdotes católicos, ni los pastores evangélicos. Y si usted piensa que por conocer la literatura de Watchman Nee y de Witness Lee son la iglesia local de una comuna, entonces no ha entendido nada.

¿QUIÉNES CONFORMAN UNA IGLESIA LOCAL?

Entonces, ¿quiénes son las personas que conforman una iglesia local? Consideremos tres pasajes del Nuevo Testamento que nos ayudarán a responder esta pregunta. Veamos, primero, algo escrito en la epístola dirigida a la iglesia que estaba en Roma. Leamos Romanos 1:1-7 que nos dice:

“¹ Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, ² que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, ³ acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, ⁴ que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, ⁵ y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre; ⁶ entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo; ⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.”

Leamos a continuación otro pasaje paulino, el que se encuentra en una carta dirigida a la iglesia que estaba en Corinto. Esto está registrado en 1^a Corintios 1:1-2, que nos dice lo

siguiente:

“¹ Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes, ² a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro: ³ Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.”

Por último, leamos también lo que se nos dice en la salutación de Pablo y Timoteo registrada en la epístola dirigida a los hermanos de la iglesia en Filipos. Leamos Filipenses 1:1-2, que nos dice:

“¹ Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos: ² Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.”

En todas las saluciones citadas encontramos dos cosas en común que podemos identificar con facilidad:

- 1) La carta contiene el nombre de una localidad en particular, una *polis*.
- 2) La carta es dirigida a las personas que en aquellos

lugares son hijos de Dios, que han sido santificados en Cristo, y que creen en el Señor Jesús como Hijo de Dios y Salvador de los creyentes.

Como verán, las cartas estaban dirigidas a personas que eran creyentes en el Señor Jesús, apartados (santos) para Dios en Cristo y que habitaban las localidades de Roma, Corinto y Filipos. Cada una de estas saluciones considera *a cierto tipo* de personas que habitaban dichas localidades. No son epístolas dirigidas *a todas* las personas de Roma, o de Corinto, o de Filipos; sino a un tipo de persona en particular: **los santos y santificados en Cristo Jesús**. Y esto no tiene nada que ver con cuánto sabían de la Biblia, ni si hablaban en lenguas, ni si creían en la patrística o si eran maduros espiritualmente; sino que dependía de si estaban *en* Cristo Jesús o no. Estaban en Cristo o en Adán, es decir, eran nuevas criaturas o no (2Cor. 5:17). Dicho de otro modo, las epístolas eran dirigidas a las personas regeneradas en Cristo que vivían en dichas localidades; si alguien leyó la carta y no había vuelto a nacer por el Espíritu y la palabra de Dios (Jn. 3:1-7; 1P. 1:22-23), entonces leyó una misiva que no estaba dirigida a él.

Ahora, la epístola conocida como Romanos no estaba dirigida a cierto tipo de cristianos de la localidad de Roma, sino que *a todos los santos que la habitaban*. La epístola llamada 1ª de Corintios, no estaba considerando solamente a los que se decían ser de Pablo, o a los que se declaraban ser de Apolos, o de Cefas, o de Cristo; sino que se dirigía *a todos los hijos de Dios*, que nacieron del Espíritu, independientemente de la doctrina o la simpatía que ellos tuvieran con alguna personalidad sobresaliente entre los apóstoles. Y la epístola que se conoce

como Filipenses, deja en claro que la carta era *para todos los santos en Cristo Jesús que estaban en Filipos*. Por ende, vemos que no son las doctrinas aprendidas la que conforma a una iglesia local, ni el obrero o apóstol que les predica, ni la madurez que tenían, es más, recordemos que los hermanos de Corinto fueron tratados como “*niños*” y como “*carnales*” (1Cor. 3), y dado que la epístola no registra ninguna mención de presbíteros, seguramente no existían al momento de escribirse la carta (57 d. C. aprox.); sin embargo, los hermanos de Corinto, eran una iglesia local desde el punto de vista del Espíritu de Dios que inspiró las Escrituras.

Por lo tanto, **¿quiénes son los que conforman una iglesia local?** Son todos los santos que en una localidad determinada, han nacido de nuevo en Cristo por el Espíritu y la palabra de Dios. Estos cristianos *están en Cristo* gracias al poder de Dios; y para estar *en Cristo*, es Dios que nos pone en Él, por la fe y mediante el Espíritu Santo que ha dado a los que hemos creído en el Hijo (1Cor. 1:30; 12:13). La fe y el nuevo nacimiento en Cristo, caracterizan a los santos que conformamos una iglesia local. No se trata de ecumenismo, ni menos de panteísmo; sino que, Cristo –Su persona y Su obra– son nuestra comunión e identidad como iglesia local (Hch. 2:42; 5:42; 1Jn. 1:1-3), porque sobre esta revelación sólida es fundada la iglesia (Mt. 16:13-20); y por la fe de la iglesia en esta revelación, el Espíritu nos regenera y habita (Ef. 1:13-14).

Entonces la pregunta que debemos hacernos a nosotros mismos es: ¿Estoy en Cristo? Si estamos en Él, por Dios fuimos puestos en Su Hijo y, por lo tanto, bautizados en un solo cuerpo (1Cor. 12:13), por lo que pertenecemos a la iglesia de la localidad en que vivimos. Quizás eres miembro de una

denominación evangélica, o simpatizas con la doctrina de cierto movimiento cristiano; sin embargo, para Dios, desde el lente de las Escrituras, perteneces a la única iglesia de tú localidad, la que está conformada por personas regeneradas y no tiene nada que ver con una personalidad jurídica, o un local de reunión ubicado en alguna calle en específico. Puedes decirle a Dios que te gusta como predica Pedro, o que eres una persona que simpatiza más con Pablo, o con Apolos, o si te consideras más espiritual dices que eres de Cristo; a pesar de todo esto, si naciste de nuevo, perteneces a la iglesia de Dios representada en la localidad que resides.

Si no comprendemos lo anterior, no podemos decir que entendemos y amamos la universalidad de la iglesia. No podemos decir que amamos a los santos que conforman la iglesia universal de Cristo, que comprende a todos los hermanos del mundo y de la historia, si ni siquiera amamos y valoramos a los hermanos que, junto a nosotros, conforman la iglesia de nuestra comuna. No podemos decir que vemos la iglesia universal, si no reconocemos a nuestros hermanos que, junto a nosotros, conforman la iglesia local.

EL PARTIDISMO Y SU PRINCIPIO RELACIONADO CON EL DIVORCIO.

Entonces, ¿por qué hay tantos grupos separados en nuestra localidad? ¿Por qué unos se llaman bautistas y discriminan a los llamados pentecostales, o viceversa? Otros se llaman a sí mismos asambleístas y otros reformados, ¿por qué esto? Para responder esto vamos a considerar un relato bíblico, cuya conclusión, proviene de la boca de nuestro amado Señor Jesús.

En Mateo 19, unos fariseos vinieron a tentar al Señor con una pregunta. El tema estaba relacionado con el divorcio. El Señor, llevándolos al principio, les recordó que Dios hizo al hombre y a la mujer para ser uno solo, y no dos; y junto con esto, añadió:

“Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.” (Mt. 19:6).

Ante esta declaración, los fariseos preguntaron el por qué Moisés dio el mandamiento de dar carta de divorcio y repudiar a la mujer. La respuesta del Señor no se hizo esperar, y les señaló algo que forma parte de la naturaleza humana que portamos, que batalla contra las cosas establecidas por Dios, que es rebelde, inicua, que es dada para el mal y que batalla contra el alma cristiana (Ro. 6:12; 7:24; Ga. 5:19-21; 1P. 2:11; Stgo. 1:13-15):

“Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así.” (Mt. 19:8).

Así es que, las separaciones matrimoniales, así como las congregacionalistas que observamos, provienen del mismo lugar que el divorcio; es decir, provienen del corazón del hombre (Mr. 7:20-23), de los intereses personales y egoístas de este. Toda división nace por la intromisión de los intereses, necesidades y temores del hombre corrupto e inmaduro. ¡Que el Señor nos libre! Por lo tanto, si por Dios estamos espiritualmente juntos en

Cristo, lo que nos mantiene separados físicamente en una localidad es la dureza de nuestros corazones, o en el mejor de los casos, la ignorancia.

La dureza del corazón, es contrario al amor de Dios derramado en nuestros corazones (Ro. 5:5). Si anduviésemos y nos viésemos en el amor de Dios mediante Su Hijo, entonces sufriríamos por nuestros hermanos y nos miraríamos unos a otros con benignidad. Juzgaríamos la envidia y no nos jactaríamos de lo que se nos ha dado de gracia. No nos envaneceríamos en necedades de la carne y no haríamos nada indebido. No buscaríamos beneficios propios, sino el de nuestros hermanos, y no nos irritaríamos guardando rencor. No nos gozaríamos de las injusticias cometidas por líderes que provocan heridas a los santos y nos gozaríamos con aquellos que junto a nosotros siguen la verdad que es en Cristo. Sufriríamos juntos, creeríamos juntos, esperaríamos juntos y soportaríamos juntos. Si anduviésemos en el amor, esto no dejaría de ser (*paráf.* 1Cor. 13).

Sin embargo, sabiendo esto y a pesar de la cruda realidad que se vive, si vemos y entendemos claramente lo que Dios llama iglesia local, debemos amar y servir a todos nuestros hermanos, genuinos cristianos, independientemente del lugar dónde se reúnan en la localidad. Pues desde el lente de Dios y la revelación de las Escrituras, somos parte de un mismo cuerpo, somos piedras vivas de una misma casa y somos familia de un mismo hogar.

Cabe señalar aquí, que lo que nos separa de nuestros hermanos en Cristo en una iglesia local, muchas veces son doctrinas generales, o malas interpretaciones del Texto e incluso la manipulación de falsos profetas y maestros. Lo primero es

Cristo, Su deidad e identidad como Hijo eterno, Su humanidad, Su enseñanza, Su muerte sustituta y Su resurrección histórica. Esto es lo principal, esto es innegociable, pues Cristo tiene la preeminencia (Mt. 16:13-20; Col. 1:15-20). Pero lo demás, son temas que el Espíritu mediante las Escrituras y el ejercicio honesto del ministerio de la palabra de Dios, nos va enseñando de manera progresiva y paciente; pues debemos tener presente que la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios es algo que se alcanza. Dice Pablo –por el Espíritu– a los hermanos de Éfeso lo siguiente:

“... hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:13).

Si leen con atención, dice “*hasta que todos lleguemos*”, es decir, que esto es algo que debemos alcanzar juntos, a lo cual nos dirigimos paulatinamente, de manera progresiva en la iglesia local. Es un caminar, un trayecto que debemos recorrer. Y este camino que debemos seguir y en el que debemos avanzar, tiene relación a la fe y el conocimiento del Hijo de Dios. Ahora, tanto la fe y el conocimiento en relación con los cristianos, nos señala a la verdad. Y lo que nos enseñan las Escrituras, es que la palabra de Dios es la verdad (Sal. 119:160; Jn. 17:17), y también se nos enseña que el Espíritu nos guía a la verdad, por ser el Espíritu de verdad (Jn. 15:26; 16:13; 1Jn. 5:6). Noten, tenemos por un lado la palabra de Dios –las Escrituras– que son la suma de la verdad como revelación especial, textual y oficial de Dios; mientras que

por el otro, tenemos al Espíritu Santo permitiéndonos entender, conocer y discernir la verdad, pues Él es el Director e Inspirador de las Escrituras (2Tim. 3:16-17; 2P. 1:19-21). Y, además, tenemos en Cristo el tema de la verdad del Espíritu y de las Escrituras (Lc. 24:44; Jn. 5:39; 14:6; 15:26; Ro. 1:1-4; Heb. 1:1-2; Ap. 19:10). Y por si fuera poco, Dios ha dado a la iglesia ministerios de la Palabra para la perfección y edificación del cuerpo de Cristo, los que deben –en honestidad– servir a la verdad para que Dios lleve a cabo lo relacionado a la unidad de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios en una iglesia local (Ef. 4:11-13; 2Tim. 2:15). La iglesia cuenta con todo lo necesario para que la voluntad de Dios se cumpla en lo relacionado a la unidad de la fe y el conocimiento del Señor; pero el problema, el obstáculo, es la dureza del corazón, la carne.

¿CUÁNDO ES QUE SOMOS UNA IGLESIA LOCAL?

Al considerar nuestra tercera pregunta, no debemos olvidar lo antes visto, tengamos muy presente el aspecto geográfico, administrativo y secular de lo que es una localidad; de igual manera, no olvidemos el aspecto humano y espiritual de lo que es una iglesia que se reúne en aquella localidad. Entonces, sin olvidar lo anterior y para responder nuestra tercera pregunta, vamos a considerar las siguientes afirmaciones:

Somos una iglesia local antes de que exista un presbiterio entre nosotros. De acuerdo a lo registrado en las Escrituras, los ancianos nacen desde una iglesia local. En Hecho 14:23, dice que Pablo y Bernabé “*constituyeron ancianos en cada iglesia*”, si leemos con atención, se deduce que en cada iglesia local, ya nacida y establecida, los obreros Pablo y Bernabé constituyeron de entre los hermanos aprobados, a los que se señalarían como ancianos.

Debemos notar que epístolas como Romanos (58 d. C.

aprox.), 1ª y 2ª de Corintios (57 d. C. aprox.), 1ª y 2ª de Tesalonicenses (52 d. C. aprox.) y Colosenses (57-62 d. C. aprox.), son todas cartas dirigidas a iglesias locales, y en estas **no se hace mención de algún presbiterio establecido**. Por otro lado y confirmando lo que señalamos, Gálatas (50-56 d. C. aprox.), que es una epístola escrita a varias iglesias locales, pues Galacia era una provincia con varias localidades, entre las cuales se encontraba Derbe, Listra, Antioquía de Pisidia, entre otras, tampoco hace mención de presbiterios establecidos. No obstante, es un hecho que posteriormente los hubieron, pues al considerar Hechos 14:21, se dice que los apóstoles Bernabé y Pablo “*volvieron a Listra, Iconio, Antioquía*”, todas localidades de Galacia, y “*constituyeron ancianos en cada iglesia*” (v. 23). No obstante, aún con los diversos problemas que se enfrentaban en cada una de las iglesias locales mencionadas anteriormente, no son señalados ancianos en ninguna de estas epístolas. Los ancianos fueron constituidos después por los mismos apóstoles (Hch. 14:21), y entendemos que fue en respuesta a las mismas situaciones que se estaban viviendo y a los ataques que se estaban sufriendo. No obstante, **antes de existir ancianos, ya había iglesias locales**.

- ☑ **Somos una iglesia local aunque todavía no comprendamos o siquiera conozcamos todas las doctrinas del cristianismo.** Es común pensar que una iglesia local es una que tiene un ministerio de la Palabra fuerte y que los santos de la iglesia tienen mucho

conocimiento bíblico. Esto es un error. Si el Señor provee de dones, de ministerios y de operaciones, es para el crecimiento espiritual y la madurez de la iglesia local existente, no para constituir la. Es con el objeto de preparar a los creyentes para el servicio en la iglesia local y la gloria de Dios en medio de las tinieblas de este mundo (Mt. 5:16; Ef. 4).

- Somos una iglesia local, aun cuando no fuésemos producto del trabajo de algún obrero conocido.** Esto es importante tenerlo presente, pues estoy consciente de que hay literatura de eclesiología que señala lo contrario; pero debemos tener presente que *la obra* tiene apellido con preposición «de», que denota posesión y pertenencia. Me refiero a que es **la obra de Dios**. Las iglesias locales son parte de la obra de Dios, la cual *es que creamos en el que Él ha enviado* (Jn. 6:29). Esa labor Dios la hace progresivamente en nosotros y debemos saber que Él tiene Sus medios e instrumentos para realizarlo. La importancia en todo esto, no la tienen los hombres que sirven, sino el Señor de esos hombres. Y si bien hay epístolas en las que se dice claramente que alguna iglesia fue fruto del trabajo de algún obrero (1Cor. 4:15), también tenemos el caso de la iglesia en Roma, que no fue fundada por Pablo, ni por Pedro, sino que probablemente sea el resultado de simples hermanos que escucharon el evangelio de la boca de evangelistas o apóstoles.
- La iglesia local es llamada a conocer a Dios y a Jesucristo, su Señor, mediante las Escrituras y el**

Espíritu, mediante la edificación y enseñanza que Dios otorga mediante siervos y no amos (Jn. 17:3; Hch. 2:42; 5:42). Nótese bien lo que estamos señalando. Los ministros de la palabra de Dios somos instrumentos, esclavos de Dios y siervos de la iglesia, lo que descarta absolutamente el pensamiento piramidal de hombres que sean señores y dominadores de la iglesia local. Los que ministramos al cuerpo de Cristo somos servidores, no amos, ni señores, ni dominadores; sino servidores, somos *διάκονος* (gr. *diákonos*) y no patronos (1Cor. 3:5; 4:1).

- En cada iglesia local se irán manifestando los de carácter aprobado (1Cor. 11:19), los que se toman en serio la palabra de Dios y enseñan a otros a amar y temer al Señor (2Tim. 2:15).** El servicio serio de estos hermanos irá siendo un testimonio a los santos de la iglesia en la localidad en que residen, para reconocer las autoridades que Dios da, con el fin de sujetarse a ellos en amor y por la palabra de Dios. Es cierto que de estos podrían salir los presbíteros, pero antes de que exista presbiterio se ha de manifestar el servicio ministerial de estos. Esto permite entender que el nombramiento de ancianos en una iglesia local no es el inicio de la autoridad ejercida por los hermanos designados, sino el reconocimiento público de que son esclavos de Dios y que sirven a la iglesia del Señor en honestidad, asumiendo que tendrán que dar cuentas por las almas y la autoridad ejercida.

- La autoridad y servicio de la iglesia local es autónomo**

en relación con los obreros, los que actúan como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios (1Cor. 4:1), no para gobernar la iglesia local desde afuera, sino para capacitar a los santos para el servicio y constituir presbíteros en las iglesias locales en que son recibidos cuando se manifiesten los aprobados (Ef. 4:11-13; Tit. 1:5-6). La iglesia en una localidad es llamada a *probar* a los que se dicen ser apóstoles (Ap. 2:2). Si un obrero, en medio de la iglesia reunida enseña algo o da un parecer, la iglesia debe examinar lo dicho, ver si es un consejo de Dios y discernir en comunión con el Espíritu y las Escrituras. Si la iglesia juzga que un obrero habló en la carne, debe desechar lo malo (1Ts. 5:21). No es pecado examinar lo que se dice, el pecado es que discerniendo que es la voluntad del Señor, hagamos oídos sordos; o peor aún, que ni siquiera examinemos, sino que le atribuyamos infalibilidad a los que sirven extra localmente.

- ☑ **Somos una iglesia local, incluso cuando somos cristianos inmaduros y/o carnales.** La epístola donde queda muy claro esto, es la primera epístola a los corintios. En esta iglesia local había divisiones partidistas, menosprecio a los hermanos y carnalidades de todo tipo. Sin embargo, a pesar de todo esto el Espíritu los considera la iglesia local de Corinto (1Cor. 1:1-2). Lo mismo ocurre con las iglesias locales de Galacia, en estas iglesias se estaba viviendo una situación compleja con el judaísmo, los hermanos neciamente se estaban haciendo esclavos de la ley, apartándose de la verdad del evangelio (Ga. 1:6).

Palabras fuertes se registran en esta epístola. A pesar de todo, eran considerados cada uno de los grupos de hermanos de cada localidad, iglesias locales (Ga. 1:2).

- ☑ **Somos una iglesia local incluso si no tenemos un lugar fijo y central de reunión.** Aún sin un local, salón o templo de reunión, somos una iglesia local. El templo es importante en el judaísmo, no en la iglesia viva de Dios en Cristo. A pesar de que no tengamos un lugar fijo para nuestras reuniones de iglesia, somos una iglesia local.
- ☑ **Aun cuando no hubiésemos levantado una reunión de la cena del Señor los domingos, ya somos una iglesia local.** Hay hermanos que piensan que una iglesia local nace al levantar la mesa del Señor el domingo. Están equivocados, este es un pensamiento errado y una falta de conocimiento importante. La mesa del Señor es una consecuencia. Se celebra la cena del Señor en una localidad, ya que hay una iglesia local consciente de la comunión con Dios y el cuerpo de Cristo. Es una consecuencia, no la razón por la cual somos una iglesia local. Hay que ser claros en esto, pues la mesa del Señor no constituye iglesia local, sino los creyentes regenerados de una localidad determinada y celebran la cena del Señor debido a la común fe que tienen en Cristo.

Es importantísimo tener muy claro los puntos antes mencionados y sopesar todo lo que esto quiere decir. Las implicaciones demandan responsabilidad. Así es como nos damos cuenta que la respuesta a “¿Cuándo es que somos una

iglesia local?”, apunta hacia el pasado, hacia el momento en que nacimos de nuevo. Pero lamentablemente, suele suceder que los hermanos hablan de iglesia local mirando hacia el futuro. Amados hermanos, si en estos momentos se encuentran reunidos leyendo esto, en comunión con la palabra de Dios y, alguien piensa o dice algo parecido a “cuando se levante la iglesia local, entonces tendremos que...”, debe saber que está errado. No puedes pensar a futuro en esto. Más bien, tienes que pensar en la falta de identidad que hemos tenido localmente desde nuestro nacimiento en Cristo. Hemos querido “llegar a ser”, idealizando un estado futuro; pero hemos sido necios pensando esto, pues la verdad es que “somos parte” de la iglesia en la localidad que residimos desde que nacimos de nuevo en el Señor. Nuestra carga en el Señor al decir esto, no es que pretendan ser algo a futuro, convertirse en iglesia mañana; sino que reconozcan y acepten lo que son desde que nacieron de nuevo en Cristo. No se trata de *llegar a ser* una iglesia local, más bien, se trata de que nos demos cuenta de lo que *somos*, junto a todos los cristianos regenerados que viven en nuestra localidad, desde el momento en que volvimos a nacer en Cristo.

Cuando un niño nace, no sabe que pertenece a una familia, no sabe que tiene un apellido, que tiene hermanos, un padre y una madre. Llamar a alguien «mamá», es diferente de saber *por qué* es mi mamá. A medida que el niño crece, entiende el *por qué* esa mujer que el ama es su mamá. De la misma manera, nosotros siempre hemos pertenecido a la familia de Dios, tenemos un solo Padre (Mt. 23:9), un Hermano Mayor, al que llamamos Señor (Heb. 2:11), y un Espíritu que nos une en Cristo (1Cor. 12:13). También tenemos otros hermanos amados, coherederos con nosotros de la gracia de Dios. Tenemos,

además, “padres espirituales” o “tutores”, aunque personalmente prefiero señalarlos como “madres espirituales”, pues sólo uno es nuestro Padre en Cristo (Mt. 23:9). Bueno, estos hermanos (y por supuesto estoy incluyendo a las hermanas que correspondan) son aquellos que nos han encaminado durante nuestros primeros años en Cristo. No son nuestras *madres* literalmente (no vayan a acusarnos de inventar una nueva doctrina herética), sino hermanos mayores que han ejercido el rol de *madres* espiritualmente hablando, como Pablo dice de sí mismo en Gálatas 4:19 y sus dolores de parto. A estos, el Señor, tal cual como un padre le confía la formación de sus hijos a la madre, carga sus corazones para que ellos nos pastoreen, nos enseñen a amar al Señor, nos adviertan, nos encaminen hacia Cristo. Estos hermanos, sufren por nuestras necesidades, se gozan por nuestros avances, tanto así, que nuestros berrinches o carnalidades, pueden tornarse en sus propias vergüenzas (Pr. 29:15), y todo esto, lo comenzamos a ver a medida que vamos avanzando, gracias a la luz que el Espíritu Santo nos va dando con ellos.

Tal cual un niño, así nosotros. A medida que vamos creciendo la fe y el conocimiento del Hijo de Dios, comenzamos a entender más cosas. Personalmente, hoy entiendo mejor el lugar que ocupan los hermanos en mi vida, esto respecto a aquellos que han ejercido un rol *maternal* por el Espíritu en mi formación.

LA IGLESIA COMO CASA Y FAMILIA DE DIOS.

Considerando todo lo anterior, detengámonos a meditar en algo más con relación a la iglesia local. Veamos cómo de acuerdo a la visión de Dios –en cuanto a la iglesia– esta se asemeja a la visión de Dios acerca de la familia. Pensemos un momento en todo esto.

La historia del hombre parte con una familia, Dios hizo al hombre y le dio una ayuda adecuada. Dios dijo “*le haré ayuda semejante a él*” (BTX III, Gn. 2:18b). Al darle Dios una mujer a Adán, le estaba dando una familia. Lo que leemos luego, deja muy en claro que –según la Biblia– una familia parte con un hombre y una mujer que, dejando a su padre y a su madre, se unen en una sola carne (Gn. 2:24). De esta unión vienen los hijos que Dios nos da, lo que hace que el número de integrantes de una familia aumente; sin embargo, antes de que llegaran los hijos, ya los dos eran una familia. La realidad familiar existe antes de que lleguen los hijos.

Ahora, Adán no tenía una comprensión profunda y bíblica como la que tenemos hoy en cuanto a la familia según el propósito de Dios; entonces, si no la tenía, Adán y Eva, ¿dejaron de ser una familia por no tener esa comprensión profunda y

bíblica de lo que es la familia? De ningún modo. Dios los hizo una familia. Adán fue la familia de Eva y ella la familia de Adán. Dios los pensó así. Lo comprendieran o no, Dios los hizo familia. Con esto en mente, debemos saber que en la revelación bíblica de la casa de Dios, el Espíritu Santo no sólo muestra el *lugar* dónde Dios habita, sino además la *familia* que habita con Dios. El Espíritu –mediante los apóstoles– no solo llama a la iglesia “*casa de Dios*” (1Tim. 3:15), sino además “*familia de Dios*” (Ef. 2:19). Es por esto que una traducción más amplia para *oikos* –que es la palabra griega que se traduce “*casa*” en el Nuevo Testamento– sería “*hogar*”; pues considerando que con la iglesia, Dios, no sólo está edificando un lugar dónde morar, sino además una esposa para Su Hijo, no podemos decir sólo “*casa*”, sino que también debemos considerar a la “*familia*” y, juntando ambos, podemos decir con total profundidad que se hace referencia a un “*hogar*”. Es, por lo tanto, cada iglesia local, el lugar dónde Dios habita de manera especial en una localidad; pero además, es la familia de Dios en esa localidad.

Cada varón regenerado y cada hermana que volvió a nacer, es un integrante de esta familia de Dios; pero, además, es una piedra viva de esta casa de Dios. Independientemente del conocimiento y la comprensión bíblica que se tenga, e incluso de las divisiones partidistas y sectarias de la carne, o de que no tengamos un lugar de reunión central, o de que jamás hayamos levantado mesa, o de que entre nosotros no exista un ministerio de la Palabra, o no existan ancianos; si hemos vuelto a nacer en Cristo, entonces por Dios hemos sido puestos en Él y somos miembros de la familia de Dios y piedras vivas de la casa del Señor de los ejércitos.

Con esto entendemos que nosotros no vamos *a la iglesia*,

más bien **somos parte y miembros de la iglesia**. Cuando nos reunimos, es la reunión **de** la iglesia, no la reunión *en* la iglesia. Cuando un día martes a las 20:00 horas, las diferentes congregaciones cristianas se reúnen en una localidad, comuna o municipio; es decir, los bautistas se reúnen en sus lugares de reunión, los pentecostales y asambleístas en los suyos, o cualquier otro grupo que haya vuelto a nacer en Cristo, desde el punto de vista de Dios, no son varias iglesias locales reunidas en diferentes lugares de una misma localidad; más bien, **es la iglesia local dividida en varios grupos**. Esas divisiones, son producto de la dureza del corazón, niñerías y carnalidades (1Cor. 3:3-4). Ya saben, al pensar que nosotros somos mejores, inmediatamente nos hacemos partícipes del partidismo de la carne. La verdad es que, yo necesito a mis hermanos y mis hermanos me necesitan.

LA AUTONOMÍA Y RESPONSABILIDAD DE LA IGLESIA LOCAL.

Cada iglesia local es autónoma en sus decisiones y geográficamente. Analógicamente hablando, no es sano para un hogar que las decisiones sean tomadas por alguien externo. Por ejemplo, no es de salud para una familia que las decisiones sean tomadas por el suegro o la suegra. Es la voluntad de Dios que el hombre que se une a su mujer deje a su padre y a su madre (Gn. 2:24). Y que el hombre y su familia dejen a su parentela para dirigirse a donde Dios quiere llevarlos (Gn. 12:1). De igual manera, es sano para una iglesia local que las decisiones sean tomadas por los hermanos que conforman la iglesia local, para bien o para mal, aunque se equivoquen. Dichas situaciones

mostrarán a los hermanos que están atentos a la voz del Señor, que tienen una madurez en el caminar y dará lugar a que sean constituidos ancianos entre ellos en algún momento. Una madre que siempre salva de los errores a su hijo, está formando un hijo inseguro y torpe. ¡Está estropeando a su hijo mentalmente! ¡Le está quitando el aprender a ser un varón responsable! ¡Está criando un hijo consentido, egocéntrico, que no amará a su familia! Las crisis, los problemas, las disensiones son necesarias, es en medio de esto que se manifiestan los maduros, los que aman al Señor y que Él aprueba (1Cor. 11:19). Es en medio de los conflictos y problemas, donde vemos a los de carácter aprobado. En tiempos de bonanza no se manifiesta lo que está en lo profundo del corazón, sino en las crisis. En tiempos de tranquilidad y alegría cualquier hermano puede parecerse adecuado para el presbiterio; sin embargo, es en medio de los “incendios” y “terremotos” que vemos quiénes son los maduros y aprobados por el Señor. A veces los neófitos aparentan madurez, hasta que viene la crisis, y puedes ver cuánto pesaba la palabra del Señor en el corazón de ellos.

A veces las madres establecen matriarcados, y los padres, por otro lado, patriarcados; y no dejan que nada se haga si no es algo que ellos establecen u ordenan. Confunden su autoridad con dictadura y, aun cuando sus hijos están casados y tienen familia, se entrometen en sus vidas. Cada vez que los hijos deciden algo –y aunque pueda ser una buena decisión– los reprenden, los avergüenzan, los increpan diciendo: “Estás haciendo cosas solo, sin mí”, y por eso nacen padres de familia o madres con miedo a ser responsables, con miedo al fracaso, no autónomos, dependientes de la aprobación de los hombres antes que de Dios, sin convicciones. Esto mismo puede ocurrir en las iglesias

locales; por eso, las decisiones de cada iglesia no deben venir de los obreros. La iglesia –por la palabra de Dios y Su Espíritu– discerniendo la voluntad del Señor, debe tomar decisiones responsablemente y por convicciones. Y cuando en una iglesia local hay ancianos, estos –por la palabra de Dios y Su Espíritu– discerniendo Su voluntad y, sabiendo que ellos tienen responsabilidad por la iglesia delante del Señor, deben tomar decisiones con fe y temor.

LOS ANCIANOS.

Los ancianos supervisan sujetos a Dios, cuidando de la iglesia del Señor por la cual tendrán que dar cuentas en el tribunal de Cristo (Hch. 20:28-35; 1P. 5:1-4). Ellos deben llevar a los hermanos a una vida con Cristo, no deben llevarlos a una dependencia de ellos mismos, por eso son llamados a no ser neófitos que se exponen a la condenación del diablo (1Tim. 3:6). Tampoco deben ser entrometidos respecto a la privacidad de los hermanos, ni querer vivirles la vida, sino que deben ser prudentes con los santos, encaminándolos a la fe, mediante la palabra de Dios (Tit. 2:1-2). Siendo expositores de la verdad, pero también hacedores, dichos y hechos deben ser parte de su conducta (1P. 5:3). Porque si enseñamos a obedecer a los hermanos y no somos obedecedores del Espíritu y las Escrituras, nos hace hipócritas, ciegos y neófitos.

La labor de los ancianos es vigilar por los bienes del Señor, que son las almas de los creyentes (Hch. 20:28; Heb. 13:17). Ellos colaboran, mediante las Escrituras, con el Espíritu en la formación de padres, esposos, hijos y siervos del Señor; y lo mismo hacen las ancianas, enseñando responsabilidad y amor

(Tit. 2:3). Estos hermanos enseñan a la iglesia a decir “amén” al Señor y a discernir Su verdad. Ellos no son infalibles, ni están exentos de enseñanza, advertencia e incluso repreensión; Pablo le indicó a Timoteo que las acusaciones a los ancianos fueran con testigos y que si alguno persistía en el pecado después de ser advertido, fuera reprendido públicamente por Timoteo, un obrero del Señor (1Tim. 5:1, 19-20). Tampoco la iglesia está obligada a obedecer si discierne que los ancianos no se conducen según la verdad de Dios, es decir, Su palabra. Dios les delegó autoridad a los ancianos, para labrar y guardar lo que de Dios es (Hch. 20:17-38). La autoridad de un anciano viene de representar y de obedecer al Señor, no de representarse a sí mismo o a sus opiniones. Es por eso que la iglesia se sujeta al Señor que discierne en los ancianos, no a ellos mismos. La iglesia no es llamada a ser ciega, sino a ver y a valorar. Los ancianos son siervos del Señor, pero también son hermanos, nunca dejan de serlo.

Ser anciano es responsabilidad y servicio delante de Dios y la iglesia. No son “señores” de la iglesia, no tienen el primer lugar, como lo intentaba y le gustaba tener a Diótrefes (3Jn. 1:9); más bien, son los que más sirven a la iglesia, y más responsabilidad tienen delante del Señor. Los ancianos velan por la amada de Su Señor, tal cual lo haría un eunuco. Esto no requiere explicación, mediten en esto.

LOS OBREROS.

Por otro lado, tenemos a los llamados “obreros”. Estos son hermanos que el Señor da para colaborar con las iglesias en Su formación y edificación, extra localmente. Son hermanos que,

habiendo recibido del Señor la gracia de participar de algún ministerio de la Palabra, realizan una labor más allá de los límites de la localidad donde residen y se reúnen.

Su función es servir a la iglesia de Dios, capacitar a los santos en lo que Dios les ha señalado, identificar a los maduros en una iglesia, conocer a los que han sido dotados por el Señor para participar del ministerio de la Palabra y que el conocimiento del Señor crezca entre los santos; pero de ninguna manera son enviados a gobernar la iglesia en una localidad. Si hay ancianos en la iglesia local, el obrero debe instruir y capacitar al presbiterio, colaborar con el consejo correspondiente a los ancianos si es que lo solicitan; pero, finalmente, son los ancianos los responsables de decidir lo correcto para la iglesia, discerniendo la voluntad de Dios. Si no hubiese ancianos, el obrero debe identificar a los que han sido llamados a participar del ministerio de la Palabra, instruirlos, capacitarlos, para edificación de la iglesia. Finalmente, en el tiempo oportuno de Dios, el Señor señalará a los santos que aprueba para delegar responsabilidades eclesiásticas, como el presbiterio y diaconado.

El tema es que los obreros no están para gobernar las iglesias locales y tomar decisiones autoritarias en cuanto a estas. Las decisiones deben ser tomadas por la iglesia local, en la que siempre habrá hermanos maduros que sean respetados y considerados serios, y que, probablemente, sean los que ministran la palabra del Señor en aquella iglesia.

Cuando hablamos de “la obra” respecto a los obreros, no nos referimos sólo a una iglesia local, nos referimos a todas las iglesias locales que el Espíritu quiere que estos sirvan. Por lo cual nos referimos a la “obra extra local” de estos hermanos que

son obreros del Señor. Cabe señalar, que esta labor extra local es del Espíritu con estos hermanos, Él los aparta para la obra que quiere que se realice (Hch. 13:2). Una iglesia local es parte de la obra de Dios, pero no toda, sólo parte. Supongamos que un padre y una madre tuvieron diez hijos, cada hijo se casó y formó su propia familia, la obra es *todas las familias*. Considerando esto, un obrero es como una madre –pues el Padre es Dios (Mt. 23:9)– que visita encomendada por el marido a todos sus hijos y, por ende, a todas sus familias. Cuando llega a la casa del hijo mayor, ve que hay situaciones en la casa de su hijo, las cuales, si su hijo quiere, ella podría aconsejarlo pero, jamás decidir o desautorizarlo. Es el hijo el que toma la decisión junto a su esposa. La madre visita a todos sus hijos y sus familias, se da cuenta que cada hijo y su familia tiene un problema diferente, pero da lo mismo el problema o la situación, ella sólo aconseja si es que se quiere y tiene la oportunidad. Puede suceder, que la familia de un hijo no quiera recibirla, ella tendrá que ser prudente y no ir, hasta que quieran. La analogía es clara, no hace falta explicación al respecto.

Los obreros son los que, mediante la gracia y dirección del Espíritu, constituyen ancianos en las iglesias locales (Hch. 14:23; Tit. 1:5). Ellos, de acuerdo al testimonio del Espíritu y de la iglesia, conocen y discernen a los hermanos que han alcanzado una madurez entre los demás hermanos; por lo que los señalan como autoridades delegadas del Señor para aquella iglesia local. Los ancianos no se eligen a sí mismos como tal, es el Espíritu, los obreros y la iglesia que los reconoce y señala en el Señor.

Los obreros edifican a la iglesia y a sus responsables mediante la palabra del Señor, deben ser vigilantes sobre la obra.

Deben alumbrar a las iglesias de acuerdo a la luz que el Señor, por el Espíritu y las Escrituras, les da. El Señor es el que escoge a Sus obreros. La iglesia debe discernir, ella tiene una identidad al estar unida a Su Señor. Debe tener claro que la función de los obreros, como de los ancianos y ministerios de la Palabra en una localidad, es servir a la obra de Dios, la que consiste en que creamos y crezcamos en el conocimiento y fe respecto al Hijo (Jn. 6:29; Ef. 4:13). Dicho conocimiento que inicia en la evangelización nuestra, continúa con la edificación de nuestra fe; pues el creer va en aumento, respecto al conocimiento del Hijo y es una unidad a la que debemos llegar (Ef. 4:13).

LA AUTONOMÍA Y RESPONSABILIDAD.

La autonomía de una iglesia local, parte con la autonomía de cada familia que la conforma. Así también, la responsabilidad en la iglesia local, parte asumiendo nuestra responsabilidad en nuestros hogares. Asumir la responsabilidad, significa que asumimos que el primer lugar donde Dios quiere que vivamos la vida normal de una iglesia local cristiana, es en nuestras casas. El primer lugar donde debemos ser apologistas, pastores y maestros, diáconos, profetas, es en nuestros hogares. Cada uno de nosotros, los padres, las madres y los hijos que conforman un núcleo familiar, debemos asumir una responsabilidad con el Señor en nuestras casas. Por ejemplo, muchos hermanos piensan que la lectura es de algunos pocos. Ellos piensan que los hermanos que participan del ministerio de la Palabra son los que deben y tienen la responsabilidad de leer. Esto es un error, un engaño de Satanás. ¡Todos tenemos la responsabilidad de leer! Dios nos ha dado Su palabra escrita y es responsabilidad nuestra

leerla y conocerla. La evangelización y edificación de nuestros hogares, inicia siendo nuestra responsabilidad.

Vivimos en una era dónde el ateísmo y el escepticismo gobiernan las salas de clases de nuestros hijos; y para qué hablar del lugar de trabajo de los esposos y de las esposas. ¿Quién debe armarse para refutar argumentos que puedan levantarse en la mente de uno de nuestros pequeñitos? Un hermano nos contaba que su hijo de 13 años después de conversar con un primo de 14 años de edad, le dijo: “Papá, ¿por qué creemos en todo esto? Mi primo dijo que nuestra fe no es real, que la ciencia la contradice”. El hermano, gracias a Dios, tuvo argumentos para darle a su hijo. Le mostró cómo la misma ciencia, encontraba las huellas de Dios en la creación; y cómo la historia bíblica del Hijo de Dios que se encarnó, ha pasado por el escrutinio de críticos que, como Simon Greenleaf (uno de los fundadores de la facultad de leyes de Harvard), siendo un escéptico y burlador del cristianismo, decidió examinar y someter al más estricto examen toda la evidencia histórica de Cristo. Cuando concluyó, descubrió algo que no esperaba, y señaló que no había nada mejor fundamentado que la resurrección de Jesús. ¡Y se convirtió al cristianismo! El hermano y su hijo, conversaron largamente y su hijito se alegró y le dijo: “Deberías conversar con mi primo, está totalmente equivocado”. ¿Pero qué hubiese pasado si el hermano hubiese sido irresponsable con su hijo? Diciéndole: “No sé, la fe es fe, la ciencia es ciencia”, estaría encaminando y abriendo un portillo para que el escepticismo se posara en la mente de su hijo.

Hermanos, si cada uno de nosotros, padres, madres, nuestros hijos, somos responsables con el Señor en nuestros hogares, también lo seremos con nuestros hermanos que conforman –junto a nosotros– la iglesia local donde nos

reunimos. Es un error y falsedad que separemos la vida con los hermanos de la vida con nuestra familia. Es hipocresía que el hermano que comparte la palabra sólo se prepare para compartir con la iglesia un mensaje. Entonces tenemos hombres y mujeres que tienen una vida con los hermanos y una vida distinta en sus casas. ¡Esto es tener una doble vida! ¡Eso es de hipócritas!

También existen hermanos que sólo quieren aprender Teología mística y desprecian todo lo demás; no se interesan en la historia y arqueología bíblica, o la Teología natural, o la apología, cosas que podemos necesitar para nuestras casas y en la iglesia local. No piensan en que sus propios hijos se encuentran en sus colegios con el darwinismo que, si lo aceptan, es el primer paso hacia el ateísmo. Entonces la excusa aparece: “La fe es fe, Dios no se interesa en la ciencia”. ¡Y resulta que hay santos hermanos dedicados a la Teología natural y el Creacionismo! Esto es más bien una excusa para la irresponsabilidad y pereza de leer. ¿Es que sólo nos interesa lo que nos da placer? ¡Eso es egocentrismo religioso! ¡Es hedonismo!

Un hermano nos contó algo muy bello. Él se dio cuenta que la razón por la que el Señor le pedía que se ocupara en la lectura, en la comunión, en la oración, involucraba a su familia. Si él descubría algo que el Señor le iluminaba, su mujer y sus hijos debían ser partícipes de esto. Un día, iba caminando con su hijo mayor y de repente su hijo le dijo: “Papá, ¿quién creó a Dios?”. El hermano se sentó con su hijo y comenzó a compartirle sobre la eternidad de Dios, le enseñó la diferencia entre lo que es creado y el Increado. Le compartió también acerca de la Trinidad y de la encarnación del Verbo. El hermano se dio cuenta que estaba hablándole de temas santos a su hijo, asuntos

que podrían compartirse en una reunión de iglesia. Con esto nos damos cuenta que las cosas las estudiamos y aprendemos para nuestras familias y para nuestros hermanos.

EL SERVICIO, EL MAYOR SIRVE AL MENOR.

Hay un concepto tan errado de lo que es una iglesia local, que muchos hermanos –sin juzgar las pretensiones carnales– ven en la iglesia local la posibilidad de un negocio, otros de reconocimiento, otros de un trampolín para lograr hacerse famosos. Para nada de esto es la iglesia local. Queridos hermanos, una iglesia local es una familia y, ustedes saben, una madre en una casa no es la que recibe reconocimiento, es la que más sirve. Lo mismo sucede con el padre, a quien nadie le agradece que fuese a trabajar. Como señaló un hermano, cuando el padre de familia llega con el sueldo de fin de mes, no le ponen alfombra roja. Cuando el padre o la madre pagan las cuentas, no le aplauden ni le dan las gracias. Los hijos, cuando comen lo que con el esfuerzo de sus padres se obtuvo, no los alaban con cánticos. Los padres, son los que más sirven en el hogar. Ellos son los que sirven, los responsables del bienestar de sus hijos. El ser padre o madre es servir, no ser servidos.

Sería ridículo encontrar un padre llorando porque los hijos no le dicen: “Tú eres el padre de esta familia, reconozco eso”. ¡Qué tontería más grande! O que estuviera trabajando para que los hijos le dijeran: “Eres nuestro papá”. ¡Líbrenos el Señor de la locura carnal! Los padres son los que sirven y aman a sus hijos, haciendo todo **desinteresadamente**. En esto también se cumple lo dicho por el Señor:

“Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos.” (Mr. 9:35).

Es mediante el servicio que se reconoce la autoridad en una familia; el padre y la madre, son los primeros en servir. De la misma manera es en la iglesia local, mediante el servicio reconocemos a las autoridades. La responsabilidad de una iglesia local, es ejercida por aquellos que, aparte de ser cristianos y miembros de una iglesia local, son padres, madres o hijos en alguna familia que reside en la localidad. Debemos ser responsables unos de otros. El Señor quiere que mi familia sea edificada, por eso quiere que lea las Escrituras. El Señor quiere que mi familia disfrute la vida eterna, por eso es buena la comunión con los hermanos. El Señor quiere que mi familia recuerde Su muerte expiatoria por nosotros, y por eso celebraremos la cena del Señor junto con las demás familias. Y el Señor quiere que mi familia aprenda a depender de Él, por eso es bueno cuando nos juntamos a orar con los santos. Cuando hablamos de la edificación de la iglesia, debemos pensar en la edificación de familias. En la edificación de padres, de madres y de hijos, que con sus vidas son luz para el mundo. Entonces, así como la obra extra local la conforman varias iglesias locales; así también, una iglesia local, es conformada por varias familias cristianas que viven en una misma localidad. Allí encuentra usted a los padres, madres, hijos, hermanos y amigos que el mundo necesita.

LA MÁXIMA AUTORIDAD DE UNA IGLESIA LOCAL.

Quisiera terminar hablando acerca de la máxima autoridad de una iglesia local. Seguramente algunos pensarán que me refiero a los presbíteros o ministerios de la Palabra; sin embargo, no me refiero a estos. Debemos saber que en una iglesia local, hay una pareja inseparable que se debe considerar como la máxima autoridad de aquel lugar. La pareja está conformada por el Espíritu Santo y las Santas Escrituras. Una iglesia que disfruta de una vida con el Señor, por el Espíritu, y que además ama las Escrituras, es una iglesia que tendrá un caminar correcto. Tristemente, se ha visto que hay hermanos que hacen énfasis en el Espíritu Santo, pero carecen de conocimiento escritural, llegando a exponerse a errores que atentan en contra de la santa palabra de Dios que ha sido inspirada por el Espíritu de Dios. Por ejemplo, un hermano que dice creer en las iglesias locales, comienza a pensar en una estrategia para comenzar a constituir una, entonces dice: “Pongamos al hermano Fulano que vive en Estación Central, para que junto al hermano Mengano que vive en Cerro Navia, sean encargados en la iglesia local en Cerro Navia. Con el tiempo estos hermanos podrían llegar a ser ancianos.” Si nos diéramos el trabajo de estudiar este tema fundamental y conociendo un poco de la historia eclesiástica, nos daríamos cuenta que esto es un error y que ya fue cometido por los católicos. ¿Cómo un hermano de Estación Central va ser anciano en Cerro Navia? El hermano de Estación Central, colaborando en Cerro Navia y enviado por el Espíritu Santo, viene a ser un obrero; pero jamás un anciano en esa iglesia. El hermano de Estación Central, pertenece a la iglesia local de su

localidad.

También, ha ocurrido innumerables veces que se ha declarado que para llevar a cabo algo necesitamos que sea el tiempo del Señor y que se nos comunique por el Espíritu a través de experiencias que podríamos llamar carismáticas, como esperando alguna señal. Hermanos, ¿cuál es la mejor señal que el Espíritu nos puede dar? La mejor señal es que se nos ilumine por medio de las Escrituras, por ejemplo ¿cómo supo Daniel que se acaba el tiempo del cautiverio en Babilonia? Daniel 9:2, nos dice:

“... en el año primero de su reinado, yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años.”

Al ver esto, Daniel oró, ayunó y rogó a Dios. Su señal vino de las Escrituras y por la fe oró. Otro ejemplo, ¿cuál fue la razón por la que los sabios de oriente entendieron que aquella estrella que destacaba en el cielo, era una señal del Salvador? Fue la palabra de Dios (Nm. 24:17) y ellos emprendieron el camino. Amados hermanos, si estás esperando una señal, pon atención a las Escrituras. Si el Señor te ha iluminado con ellas, esa es la señal para obedecer y alumbrar a los hermanos. Las cosas no deberían ser juzgadas solamente por el “sentimiento espiritual” que se cree tener, sino por si está de acuerdo con las Escrituras. Poner la confianza en la intuición, sin considerar las Escrituras es muy peligroso, debe ser la pareja sin separar, de lo contrario,

estamos expuestos a simples mandamientos de hombres o errores humanos.

Cabe señalar que los ancianos en una iglesia local, deben ser hermanos conocedores de las Escrituras. Si un anciano está contradiciendo las Escrituras, entonces está errando y debemos exhortarle a volverse (1Tim. 5:1, 17-20). Cuando una iglesia local no examina nada a la luz de las Escrituras y del discernimiento espiritual, se expone a un mal caminar. Un anciano no puede decir que la obra de Dios hay que hacerla sin doctrina, porque la Biblia está llena de doctrinas, las cuales forman las enseñanzas fundamentales y generales del cristianismo. Si un anciano está contradiciendo las Escrituras, entonces no podemos obedecer y esto no es rebeldía, es que estamos sujetos a la máxima autoridad que se manifiesta en la pareja inseparable que es el Espíritu Santo y las Santas Escrituras. Si usted quiere caminar correctamente, entonces debe amar al Señor y las Escrituras. Comunión con el Señor por medio del Espíritu Santo, acompañada de comunión por medio de la Palabra de Dios. Al parecer, se olvida que las Escrituras proceden de una obra extraordinaria del Espíritu Dios, para ser lámpara que alumbramos nuestros pies, luz que nos señala el camino (Sal. 119:115). Ciertamente hay mucho más que decir, sin embargo, creo que estas aclaraciones son esenciales. El Señor añada y complete nuestra fe.